

Capítulo uno

«Los filipinos se corren enseguida; los hombres de color están anormalmente dotados (tienen el nabo como el brazo de un bebé con una manzana en el puño); las señoras de pelo corto son lesbianas; si quieres conservar a tu hombre, úntate el chocho de alumbre.»

Éstos eran algunos de los extractos de folclore erótico que la señora Janesky, una viuda de mediana edad que vivía al otro lado de la calle, le enumeraba cada día a mi madre, pese a que el cartero le entregaba cada mes cantidad de libros —*Una vida sexual sana; Ovidio, el Dios del amor; Cómo hacer más compatible a su cónyuge*— en sobres marrones con la etiqueta «Personal».

Empezaba con pedantería, usando terminología médica y académica, pero a los diez minutos ya había pasado de lleno a la salsa picante. Sentado bajo el fregadero, yo las oía conversar mientras rascaba con aire soñador el resquebrajado linóleo y miraba el «asunto privado» de mi tía Mema, flanqueado por su compañera de fatigas, la fiel «solución limpiadora» que le abriría el camino al Lysol, el Zonite, el Massengill y a otros «geles íntimos».

A esa tierna edad yo no sabía nada de duchas vaginales. La única diferencia entre hombres y mujeres era que a las mujeres ni les gustaba silbar ni las pistolas de aire comprimido y siempre tenían dolor de cabeza, y que a los hombres no les gustaban las mujeres, al menos las mujeres con las que estaban casados.

El «asunto privado» de mi tía Mema, el bidé portátil, era una pera ancha y roja con una boquilla larga y negra. Nunca pude imaginarme para qué diablos servía. Pensaba que tal vez era un enema para gente que vivía en edificios con un portero que no dejaba clavar clavos para colgar cosas; me preguntaba si sería la bocina que apretaba Harpo Marx para puntuar sus frases silenciosas. Lo único

que sabía era que ni soñando podía usarlo como pistola de agua y que no era asunto, mío para qué servía.

Cuando tienes ocho años, nada es asunto tuyo.

Todas mis preguntas acerca de la gran pera roja de goma de la tía Mema, o de por qué le crecía pelo en el lunar de la cara y en ningún otro sitio, o de por qué era que el talco siempre se le quedaba pegado entre las tetas, recibían la misma respuesta: «Ya sabes demasiado, vete fuera a jugar».

El miedo materno a que me convirtiera en un Leopold o un Loeb* preadolescente fue la causa de que tomara más aire fresco que cualquier otro chaval del barrio.

En 1932 se oía un montón esa palabra, «asunto». Pero no en plan «Me pregunto qué pasará al final con ese asunto». Todos sabían qué había ocurrido con los asuntos: que no había asuntos. «El cretino integral del presidente Hoover» tenía la culpa de habernos conducido a la Depresión, según decía la gente que no tenía necesariamente interés en la política pero a la que le gustaba decir «el cretino integral del presidente Hoover».

Me pasaba horas y días interminables sentado a solas en la cocina mientras garabateaba mis deberes en una libreta roja, sin más compañía que la del hule brillante de flores, la nevera apoyada sobre un barreño que rebosaba todo el rato, y la luz del techo, cuya desnudez quedaba disimulada por una larga cuerda marrón con un nudo al final, donde se apareaban las moscas.

Me daban un poco de pena las condenadas moscas. No le hacían daño a nadie. Aunque se suponía que transmitían enfermedades, nunca oí que nadie se quejara de que una mosca le hubiera contagiado nada. Mi prima les pegó la gonorrea a dos tíos y a ella nadie vino a aplastarla con un periódico.

* Se refiere a Nathan Freudenthal Leopold y Richard Albert Loeb, dos estudiantes de Chicago que mataron a un muchacho de catorce años e inspiraron, entre otras, la película *La soga* de Alfred Hitchcock. (*N. de la T.*)

Mi radio Philco, con su pequeño dial naranja y sus números negros en el centro, me ayudaba a sobrellevar la desesperante tensión de la Depresión. Mi dulce y querida camarada, mi radio de madera, con aquel sensual enrejado de tela que separaba su arquitectura catedralicia de las ondas hertzianas de propaganda masiva que yo absorbía: estábamos empezando a tener conciencia de toda una nueva cultura de fantasía.

«Sube al carrusel de Manhattan: la autopista, la carretera hacia la ciudad de Nueva York...»

«Y aquí llega el Capitán Andy...»

El más marchoso era Mr. First-Nighter. Siempre tenía un coche esperándolo. «Lléveme al teatrillo de detrás de Times Square.» También estaban Barbara Luddy y Les Tremayne.

Y Joe Penner reía: «Jiu, jiu, jiu».

«Un fogoso caballo con la velocidad de la luz, una nube de polvo y un caluroso “¡Hi-yo, Silver!”»

Procter & Gamble proporcionaba a muchos ganadores de becas Fulbright y Guggenheim la misma cobertura formativa.

En Long Island hay montones de puertas con mosquitera y porches. Puertas con mosquitera contra las que aplastar la nariz, porches bajo los que esconderse. Siempre olía raro debajo del porche. Tenía la fantasía recurrente de que un día encontraría allí abajo un escondrijo lleno de dinero que emplearía caballerosamente en mi madre y mi tía si antes me explicaban qué era exactamente el aparato de debajo del fregadero; quizás, si ofrecía dinero, hasta podría ser que Mema me hiciera una demostración.

Normalmente me escondía bajo el porche hasta que llegaba el momento de «cobrar».

«Espera que vuelva tu padre, verás cómo entonces cobras de verdad.» Siempre pensé que ser padre debía de ser un coñazo. Te pasas el día trabajando y, después, en vez de descansar al llegar a casa, tienes que hacer que alguien «cobre». Aunque yo no «coba-

ba» tanto como los demás niños, porque mis padres estaban divorciados.

Tenía que esperar a los días de visita para «cobrar».

Miro atrás con deliciosa y tierna furia, y puedo oler los periódicos húmedos que esperaban en el porche a que los recogieran los de las organizaciones benéficas que nunca recogían nada porque jamás los tuvimos bien empaquetados y oigo las voces ahogadas por la estufa de queroseno.

«Mickey, no sé qué vamos a hacer con Lenny. Ha sido tan fresco con Mema. ¿Sabes qué preguntó?»

Luego todos estallaban en risas histéricas. Y, después, mi padre me arrancaba de un *schlep* de debajo del porche y me sacudía de lo lindo.

Por ser fresco con Mema. Por olvidar cambiarme la ropa buena después del cole y rasgarme los pantalones de pana con un clavo. Y por silbar. «Cobraba» hasta por silbar.

Me encantaba silbar. La primera melodía que aprendí a silbar fue «Amapola». «Amapola, lindísima amapola...» Recibí la mayor parte de mi educación musical de los sonidos que llegaban flotando del barparrilla Angelo's. «Señoritas acompañadas gratis.» Me cautivó el descubrimiento de la gramola: una máquina que no cosía, perforaba, hervía ni mataba; una máquina al servicio exclusivo de la diversión.

Angelo, el tabernero, era una ilustración clásica de la onomatopeya. Se reía así: «¡ja! ¡ja! ¡ja!». Hablaba igual que los bocadillos de las tiras de cómic. Cuando estaba molesto decía: «¡Ts! ¡Ts! ¡Ts!». Para expresar desdén, carraspeaba: «¡Ejem!».

Siempre esperé que el perro de Angelo ladrara: «¡Guau! ¡Guau!». Nunca emitió sonido alguno. Le conté esto a Russell Swan, el pintor al óleo, eventual pintor de casas y borracho local. Respondió que el perro era un cruce con jirafa —referencia que no entendí, pero que hizo que el erudito señor Swan se desternillara de risa—. Debía de sentirse solo siendo brillante, ingenioso y despierto, pero

estando atrapado en una ciudad en la que no había manera de que lo entendieran a uno.

El señor Swan me dio el primer libro que leí, *Royal Road to Romance* de Richard Halliburton, la historia de un trotamundos que va en busca de la belleza y la paz interior. Me encantaba leer.

—No leas en la mesa —me decían.

—¿Por qué escriben cosas en las cajas de cereales si no quieren que las leas?

—En la mesa no.

«Cuando crezca —pensé—, leeré donde quiera.» De pie en el metro, por ejemplo:

—¿Qué está leyendo, señor?

—Una caja de cereales.

A menudo daba un buen golpe en el bar parrilla de Angelo; el trofeo se componía de botellas retornables. Pero había un problema: nunca encontrabas a nadie dispuesto a canjeártelas por dinero. La presa más buscada era la botella grande de gaseosa Hoffman, que suponía un botín de cinco centavos.

El señor Geraldo, el tendero del barrio, hacía efectivo el cheque de asistencia social de mi madre, así que sabía que apenas teníamos dinero para lo básico. Era evidente, pues, que el lujo de las botellas retornables de gaseosa estaba fuera de nuestro alcance económico. Además, no sabía tratar con niños. No le gustaban porque le ponían nervioso.

—¿Me da un vaso de agua, por favor?

—No, el grifo no funciona.

Cuando le llevaba botellas me interrogaba sin asomo de piedad. «¿Las has comprado aquí? ¿Cuándo las compraste?». Yo siempre caía presa de sus tácticas propias de la camarada Olga de INTERPOL. «Sí, creo que las compramos aquí». Entonces me daba un capón en la nuca, como si estuviese catando un melón. «Sal de aquí ahora mismo, tú no has comprado gaseosa aquí en tu vida. Voy a informar al de la asistencia social para que le quite el cheque a tu madre.»

Me imaginé al señor de la asistencia social diciéndole a Mema: «Su sobrino, aquél que sabe demasiado está bajo arresto, acusado de robar botellas retornables. Tenemos que quitarle su cheque».

¿Adónde iría Mema entonces? Tendríamos que irnos a vivir debajo del porche, con ese olor raro.

Ésa era la gran amenaza de entonces: que te quitaran el cheque. Las generalizaciones quedaban a huevo: a los *goy*s los amenazaban con quitarles los cheques por frecuentar los bares, y a los *yids* por frecuentar los bancos.

Otro modo seguro de que a una familia le quitaran el cheque era que pillaran a alguno de sus miembros yendo al cine. Pero eso no me preocupaba. Mi amigo y yo nos colábamos, nos escondíamos bajo los asientos mientras el conserje pasaba el aspirador y luego salíamos después de que terminara el noticiario, en mitad del grito deformado de Lew Lehr: «Los macacozz esdán todozz loogooos...».

En cualquier caso, mi siguiente parada con las botellas retornables fue el supermercado King Kullen. El encargado me miró. Yo le devolví la mirada sin malicia aparente, tratando de parecer tan inocente y anglosajón como el niño prodigio Jackie Cooper, poniendo morritos y todo, pero estoy seguro de que me parecía más a una versión enana de Maurice Chevalier.

—Las compré ayer, no sé cómo han entrado la suciedad y las telarañas...

Me canjeó las botellas y conseguí mis veinte centavos.

Y le compré a mi madre un número de la revista *Liberty*. Le gustaba leerla porque traían una estimación del tiempo de lectura: «cuatro minutos, tres segundos». Ella se cronometraba con el objetivo de batir el tiempo estimado. Siempre lo conseguía, pero seguro que nunca se enteraba de qué coño había leído.

A tía Mema le compré un bote de vaselina de doce centavos. La consumía por toneladas. Era adicta a la vaselina. Se la untaba y ponía a cualquier cosa. Para Mema, la vaselina carbonatada era la penicilina judía.

Quizá en este punto resulte conveniente decir algo acerca de mi vocabulario. Mi conversación, tanto escrita como hablada, tiene a menudo el sabor de la jerga de los «modernillos», del argot de los bajos fondos y del yidish.

En sentido literal —todo lo literal que puede ser el yidish, ya que técnicamente no es un lenguaje—, *goy* significa «no judío». Pero yo no lo uso así.

Para mí, si vives en Nueva York o en cualquier otra ciudad grande, eres judío. Da igual que seas católico; si vives en Nueva York eres judío. Y si vives en Butte (Montana), vas a ser *goy* aunque seas judío.

La leche evaporada es *goy* aunque la inventaran los judíos. El chocolate es judío y el dulce de azúcar es *goy*. La carne en lata es *goy* y el pan de centeno es judío.

Los negros son todos judíos. Los italianos son todos judíos. Los irlandeses que han renegado de su religión son judíos. Las bocas son muy judías. Y los pechos. Los bastones de las majorettes son muy *goy*. Los humoristas del tipo Georgie Jessel y Danny Thomas son cristianos, porque si los examinas a fondo seguro que les encuentras un absceso.

Para desenmascarar a una anciana judía —son astutas y mentirán— sólo tienes que atrapar a una y verás que tiene un pañuelo hecho una bola en la mano.

Es comprensible que no tengamos un presidente judío. Sería embarazoso oír a la madre del presidente expresando a gritos su amor por los nietos: «¿Quién es el nene de la abuela? ¿Quién es el nene de la abuela?».

«...Y aquí Chet Huntley desde Nueva York. La madre de la primera dama abrió el desfile del día de Acción de Gracias de los almacenes Macy's al grito de “*Oy zeishint mine lieber*” y pellizcando con furia las mejillas del joven Stanley...»

En realidad, le dio un mordisco en el culo, con un «Aum, ñam ñam, ¿esto es un culito? ¿De quién es este culito?». Los judíos son

famosos besaculos de niños. Los gentiles ni les muerden el culo a sus niños ni les hacen «hahhh» en la sopa.

Los gentiles quieren a sus hijos tanto como los judíos a los suyos, sólo que no lo expresan tanta alharaca. Por otro lado, las madres judías no cuelgan estrellas de oro en las ventanas. Tampoco están orgullosas de que sus hijos vayan al servicio militar. Siempre temen que los maten.

«Celebrar» es una palabra *goy*: «Oficiar» es una palabra judía. El señor y la señora Walsh celebrarán la Navidad con el comandante (retirado) de la Fuerzas Aéreas de Estados Unidos Thomas Moreland, mientras que el señor y la señora Bromberg oficiaron el *Janucá* con Goldie y Arthur Schindler de Kiamesha, Nueva York.

La diferencia entre las chicas judías y las *goy*s es que una gentil no te la tocará «aunque sea una vez», mientras que una chica judía te besará y te dejará que la toques tú —la tuya, se entiende—.

Lo único judío de follar es la vaselina.

Un día señalado descubrí la autosatisfacción. Un niño mayor oficiaba de maestro y cinco de nosotros nos graduamos casi a la vez.

Unos días más tarde, estaba dispuesto para una tarde de pajeo. Tenía un ejemplar del *National Geographic* con fotos de tías desnudas en África.

Estoy seguro de que cuando esas negrazas de tetas caídas posaron para Osa y Martin Johnson nunca soñaron que formarían parte de la fantasía sexual de un sátiro de once años; de haberlo sabido, no habrían cedido sus derechos de imagen por nada en el mundo.

Estaba recostado en la cama, en plena faena. Estaba tan concentrado que no oí que se abría la puerta. «Leonard, ¿qué estás haciendo?» ¡Era mi padre! Se me paró el corazón. Me quedé helado. Repitió: «Te he preguntado qué estás haciendo».

Decir que fue un momento traumático sería un eufemismo. Tuve que contenerme para no preguntar: «¿Puedes esperar fuera un minuto?». Gruñó: «No sólo es asqueroso lo que estás haciendo sino que, además, joder, ¡lo estás haciendo en mi cama!».

Se sentó y procedió a contarme una historia, esa historia que todos hemos oído con distintos adornos. Su siniestra conclusión dejaba a tres de nuestros familiares en manicomios públicos —pobres diablos que nunca habían recibido instrucción sobre la conveniencia de dormir con las manos por encima de las mantas—. El guion sugería que se trataba de prácticas nocturnas asociadas a hombres lobo y vampiros. Como castigo las manos se les habían secado y convertido en alas y ya no podían cogérsela, sólo abanicársela un poco.

Tuve toda clase de horrendas visiones de mi futuro: se me encorvaría la columna vertebral, se me caerían los dedos de los pies. Aunque decidí no volver a hacerlo, sentí que había causado un daño irreparable.

¡Oh, maldición! Ya me veía en una esquina, voceando mi testimonio para la PADESE (Pajilleros Anónimos de Espalda Encorvada):

«Sí, hermanos, yo estaba hecho de carne mortal. Por suerte para mí, mi padre entró aquel día mientras yo luchaba con Satán. Suponed que no hubiera sido una persona observadora y pensara tan sólo que estaba tramando alguna trastada, cometiendo un triple harakiri, por ejemplo, entonces, ¿qué? Pero no, amigos, sabía que había un perverso viviendo bajo su techo, el más peligroso de todos: ¡un pajillero! Había que acabar con ello. Nada de disminuir la frecuencia. ¡Tenía que dejarlo ya! En la jerga de los adictos, tenía que cortarlo en seco...»

